

SIGNOS, PRESAGIOS Y DESTINO: EN TORNO DE LOPE Y DE CALDERÓN

Teresa Herráiz de Tresca
Universidad Católica Argentina

Con este tormentoso principio del s. XXI como trasfondo, se me ha hecho patente la relación entre dos obras del Siglo de Oro aparentemente bastante diferentes, y sobre las que he reflexionado bastante a lo largo del tiempo (Herráiz de Tresca, 1976, 1995-6, 1997, 2003). Ellas son *El Caballero de Olmedo*, de Lope, y *La vida es sueño*, de Calderón. Una historia de amor, "envidia y celos", y muerte, por un lado. Otra de poder, astrología, destino y autosuperación. Sin embargo, algo tienen en común, y algo que nos concierne mucho: la actitud frente a los indicios de futuro que la realidad ofrece, el problema de cuáles son fiables y cuáles imposibles de manejar, y las consecuencias de desatenderlos o por el contrario, buscar controlar lo incontrolable. Después de la fatal emboscada, Don Alonso, el Caballero de Olmedo, queda solo, herido de muerte y abandonado en el medio del camino. En ese momento supremo reconoce algo que hasta ese momento había tratado de pasar por alto, a pesar de advertencias y premoniciones: la realidad y poder de las fuerzas malignas, pero muy humanas, que se movían a su alrededor.

También parece ver más claro lo que lo impulsó a él mismo a actuar, libremente, como si tales fuerzas no existieran:

Que poco crédito di
a los avisos del cielo.
Valor propio me ha engañado
y muerto envidias y celos. (III,651-654)

Don Alonso ve su propio fin, y los pasos que allí le han traído, desde dentro, desde la conciencia de su propia libertad, a la que fuera insistentemente ofrecida otra opción. Presagios, sueños y tristeza inexplicable en su corazón; consejos de Fabia y Tello, indicios objetivos de peligro: no se le han escatimado avisos. Sabe que los ha descartado. Fundado en su confianza en sí mismo y en la vida que siempre le ha sonreído, no ha querido dudar de la nobleza de su rival. En el último momento, su propio sentido de la honra le impide admitir la advertencia final.

La vida y la dicha del Caballero estaban expuestas a la envidia y el resentimiento obsesivos de don Rodrigo; quizá se nos esté sugiriendo que la condición humana entraña una faz nocturna, y que desatenderla, actuar como si no existiera, puede y suele poner en marcha sus amenazas latentes.

Interesa observar que este doble punto de vista –conciencia del personaje, realidad vista desde fuera de él– se proyecta además en otro plano: el del público. En efecto, hay otra serie de indicios, tanto afectivos y como reales y objetivos, que le están dirigidos a él, no al protagonista. Es decir, el público ve crecer angustiosamente la desgracia al acecho; se le muestra el temple torturadamente envidioso de don Rodrigo, escucha las amenazas de éste en cuanto sabe de la existencia y valor del Caballero, aunque apenas tiene indicios de que éste pretenda a Inés y ninguno de que Inés le corresponde. Por otro lado, el público también ve cómo don Alonso va despreciando uno tras otro los avisos e indicios de peligro. Pero además, sucede que la leyenda y la copla –y con ellas el desenlace– son conocidas de antemano, previas a la obra. Rico (1967) ha hecho notar agudamente cómo, a la luz de ese desenlace conocido, cobran valor premonitorio multitud de alusiones que llegan incluso a lo más banal y corriente de la retórica amorosa de entonces. Por ejemplo la identificación entre amor y vida, ausencia o rechazo y muerte; o, más finamente, las comparaciones con héroes antiguos de fin trágico en el elogio que de don Alonso hace Fabia ante Inés en el Acto I, y también el hecho de que éste se cierre con los últimos versos de la copla:

Que serás dichosa espero
con hombre que es en Castilla
la gala de Medina, la flor de Olmedo. (I, 890-893)

Los indicios de muerte se desarrollan así en dos planos: la realidad exterior, presente de antemano en la conciencia del público, y la conciencia de don Alonso. Planos que recién convergen en el momento de la muerte. El público es el único en percibirlos a la vez, en su marcha entre libertad y destino, hacia esa convergencia final. Convergencia condensada por don Alonso en esos cuatro brevísimos versos ya citados, que sintetizan toda la graduación previa, a lo largo de los tres actos:

Qué poco crédito di
a los avisos de cielo
valor propio me ha engañado
y muerto envidias y celos.

Veamos cómo va creciendo la conciencia del peligro en don Alonso, qué indicios objetivos y subjetivos intentan ponerlo en guardia y de qué manera los tiene él en cuenta.

En realidad, es Fabia quien tiene a su cargo lo más preciso y objetivo de tales advertencias. Desde el primer momento y contra su evidente interés de tercera en amores, avisa a don Alonso: "alto has picado"; "que a gran peligro te pones". Al partir hacia la fatal emboscada, éste recuerda la insistencia con que ha seguido haciéndolo:

...siempre dice que me guarde
y siempre que no camine
de noche, sin más razón
de que la envidia me sigue. (III,470-473)

y añade con candor que frisa el autoengaño:

*Pero ya no puede ser
que don Rodrigo me envidie
pues hoy la vida me debe... (III,474-476)

Tello a su vez, no deja de advertir a don Alonso. Don Rodrigo también le inspira celos; además, el episodio cómico-macabro a que Fabia lo ha arrastrado lo intranquiliza. Don Alonso rechaza por infundado el temor a brujerías (que por lo demás no pesan para nada en su trágico fin); pero reconoce sin más la peligrosidad de don Rodrigo:

Tello, un verdadero amor
en ningún peligro advierte.
Quiso mi contraria suerte
que hubiese competidor
y que trate, enamorado
casarse con doña Inés... (II, 89-94)

Don Alonso tiene además un conocimiento más directo y personal de la animosidad de don Rodrigo, ya que ha protagonizado con él un incidente de celos y honra frente a las rejas de Inés, y sabe que su rival lo ha identificado. Pero desoye conscientemente toda advertencia, fundado en la intensidad de sus sentimientos:

Pues qué he de hacer, si me ves
celoso y desesperado? (...)
...Inés me quiere, yo adoro
a Inés, yo vivo en Inés(...)
...porque Inés mi dueña es
para vivir o morir... (II, 95-96;101-102;109-110)

Ya en el tercer acto, durante la corrida de toros en que don Rodrigo hace tan mal papel como bueno don Alonso, éste comprueba y comenta con Tello la malevolencia celosa con que su rival lo observa y los motivos sobrados que para ello tiene. No puede pues ignorar los sentimientos de don Rodrigo hacia él.

Además de estas alertas objetivas de un peligro latente, otra serie de presagios, esta vez interiores y subjetivos, agitan cada vez con más fuerza el ánimo del Caballero. Así, el sueño premonitorio del final del segundo acto, y la extraña tristeza que le deja una angustia creciente e inexplicable al despedirse por última vez de su amada; la opresión que lo embarga ya en camino a Olmedo...

En fin, dos avisos misteriosos, entre los subjetivo –por la intensa emoción que e causan– y lo objetivo –porque son hechos exteriores aunque misteriosos– tratan todavía de detenerlo, de impedir el desenlace fatal; la Sombra, y el campesino que viene cantando la copla, con misión de avisarle que no pase el arroyo:

si os importa, yo cumplí
con deciros la canción.
Volved atrás, no paséis
el arroyo... (III,593-596)

Por cierto que ambos avisos, además de lo que dicen en sí mismos, reviven en su ánimo todas las advertencias, presagios e indicios anteriores. Incluso lo hacen vacilar un poco. En el primer caso una confianza ingenua en la supuesta nobleza de su rival, a quien acaba de salvar la vida; en el segundo, el "valor propio" y, en último término, la opinión ajena ("¿Qué han de decir si me vuelvo?"), le impiden detenerse o regresar. Pero el peligro en sí está claramente definido: es la envidia torturada de don Rodrigo, algo bien concreto y terreno.

"Envidia y celos". Realmente es un caso torturado don Rodrigo. Sus sentimientos son mucho más complicados que los celos. Desde que ve a don Alonso, sin saber que Inés lo quiere y apenas que él la pretende, piensa en matarlo. Es la misma excelencia de don Alonso lo que lo atormenta; más aún, frente a él se desvaloriza inmediata y totalmente a sí mismo:

Si viene don Alonso, ya Medina
¿Qué competencia con Olmedo tiene? (II, 502-503)

No contempla un minuto la posibilidad de vencer, ni siquiera la de luchar abiertamente. Frente a Inés como frente a los toros de la fiesta, cree que la sola presencia de don Alonso bastará, no ya para derrotarlo honorablemente, sino para humillarlo. Sin embargo lo conoce sólo de vista y por su fama; no ha podido pues medir personalmente sus méritos. Es lógico que a don Rodrigo termine sucediéndole lo que temía, ya que sale a combatir falto de confianza en sí.

Estos sentimientos de inferioridad, odio resentido y envidia, se volverán insoportables cuando don Alonso le salve la vida ante el rey y ante Inés. Para matarlo, don Rodrigo tampoco podrá recurrir a la lucha leal, ni siquiera a la venganza a traición, pero por propia mano, como lo establecía el Código de la honra (*Cfr.* Menéndez Pidal, 1958). En la emboscada, será el arcabuz del criado, a una orden suya, el instrumento de muerte.

En realidad, el temple desgraciado de don Rodrigo quedaba esbozado ya por su insistencia en obtener a Inés contra la voluntad de ésta, a pesar o quizá a causa de sus desaires: en lo primero que él piensa, en cuanto la ve o se habla de ella, es en esos desdenes, que se diría saborea enfermizamente.

Ahora bien, de todo esto, claramente señalado al público, don Alonso recibe indicios más que suficientes. Tan claros que Fabia y Tello, cada uno por su lado, los registran y no cesan de prodigarle advertencias.

Don Alonso es así consciente de un peligro; ha recibido advertencias y percibido indicios que se completan con presagios y emociones interiores. Hasta último momento tiene abierto otra opción: "volved, volved a Medina", insiste el labrador. Pero, cada vez, ha encontrado una excusa más o menos válida para no atender a esos indicios, para desvirtuar su sentido:

Tello, un verdadero amor
en ningún peligro advierte... (*cit*)

Todas son cosas que finge
la fuerza de la tristeza...

O embustes de Fabia son...

Pero ya no puede ser
que don Rodrigo me envidie... (III,458-459; 466; *cit*)

Estas o parecidas expresiones atenúan cada vez el impacto de un consejo, una situación, una emoción... El "valor propio" y la resistencia a aceptar el lado oscuro de la vida y de los demás, pesan en esa especie de autoengaño, que atenúa su conciencia de peligro.

Por supuesto, su libertad no es absoluta. No faltan las coincidencias desgraciadas, más allá de su voluntad e incluso de la de los demás: el asunto de la capa que lo identificó demasiado pronto, ante don Rodrigo; el retraso de Tello que lo lleva a partir solo... Pero la libertad humana nunca es absoluta.

En el caso de Inés se verifica una desatención a la realidad simétrica e inversa a la de don Alonso. Doña Inés ha actuado como si su padre fuera un tirano decidido a casarla contra su voluntad (como sucede en tantas comedias y narraciones de esta época, pero justamente no aquí). Por el contrario éste, afectuoso y tierno, le reprochará sonriendo no haberle confiado ese amor que él aprueba y bendice. De haber sido así, hubiera quedado desarticulada la ocasión (si no la causa) de la muerte del Caballero. Inés ha dejado oculto, entre citas nocturnas y un engaño divertido y en sí poco grave, lo que hubiera podido desarrollarse en presencia de todos, con la aprobación paterna. Hubiera vuelto así más difícil el trágico desenlace. Ciertamente, no hubiera eliminado el resentimiento torturado de don Rodrigo; pero, para éste, hubiera sido más fácil inclinarse ante la inapelable voluntad paterna. Es verdad, sin embargo, que el pedido de mano de don Rodrigo hacía deseable un compás de espera, cuyo fin cercano da a entender Leonor en la última entrevista de los enamorados:

Detrás del sonriente tejemaneje externo de los amores de doña Inés y don Alonso –citas, mensajes, falsa vocación, etc.–, se descubre entonces un pavoroso abismo: estaban favoreciendo, sin saberlo, las fuerzas que habrían de destruirlos, por desatender a las señales y causas de peligro, él, a la benevolencia paterna, ella.

La realidad subyacente que así aparece es la de la fragilidad e inestabilidad de la dicha, lo amenazada que se encuentra siempre, tanto más si esa amenaza es ignorada o pasada por alto, si la realidad íntegra –amenaza, pero también oportunidad favorable– es pasada por alto.

Inversa pero finalmente muy semejante es la actitud de Basilio *en La vida es sueño*. Desde una omnipotencia e inconsciente soberbia que se coloca a sí misma por encima de toda norma, y de raíz más intelectual y volitiva que emocional, "sabio a sus propios ojos", como se dice con-

denotoriamente en Is. 5,21 por su "estudio, donde hace / el amor propio su oficio"(vv. 729 - 730), viola el misterio del futuro. Busca una seguridad absoluta, exenta de todo riesgo, para sí y para su reino, y así decide una serie de medidas para modificar ese futuro. En ellas obvia todo respeto a la "ley humana y divina", así como todo sentido de realidad. Incluso al tomar conciencia del error de haber excluido a su hijo sin darle la oportunidad de "vencer a los astros", continúa en la misma actitud de pretender disponer del porvenir y de la libertad ajena, hipertrofia y deformación de su función de rey. Con ello causará la catástrofe que pretendía evitar. La profecía se cumplirá, pero a partir de sus actos, no de los de su hijo. Y el rey tomará dolorosa conciencia de ello. Su trayectoria, a la inversa de la de éste, será descendente: desde un aparente apogeo de poder y disposición de la realidad hasta la toma de conciencia, a través de sus funestas consecuencias, del desajuste e inanidad de sus actos, y de esa actitud de omnipotencia prescindente de todo límite que los fundaba.

Examinemos ahora esa omnipotencia sin límites. Basilio, nombre que como sabemos significa "rey", actúa en forma bastante parecida a lo mas condenable del Rey de *El gran teatro del mundo*, obra escrita por Calderón en la misma época: considerar el poder como pertenencia propia e ilimitada. Así habla el Rey en el auto sacramental:

[...] de cuanto circunda el mar
y de cuanto alumbra el sol
soy el absoluto dueño
oy el supremo señor.
Los vasallos de mi reino
se postran por donde voy
qué he menester en el mundo? (vv.825 - 831)

Incluso, Basilio va más allá: dispone como si le perteneciera el acontecer mismo; he atendido a esto en un trabajo anterior (Herráiz de Tresca, 1997). Al actuar así, ha atropellado dos límites sacros: el ámbito del futuro, secreto de la Providencia, y la interioridad de una conciencia y libertad humana, secreto de ésta y de Dios. En realidad –esto será finalmente proclamado– ha puesto a esa conciencia y libertad en situación de cumplir el presagio, al desdibujarle la opción virtuosa por una crianza y educación inhumanas. Hasta en el mismo reconocimiento de que tanta previsión constituyó un error sigue manipulando tanto a su hijo como a la realidad moral y social, el reino.

He observado en esa oportunidad (Herráiz de Tresca, 1997) que Basilio es quien organiza los acontecimientos en función de su proyec-

to, sus valores y deseos, su idea de lo real. No es que gobierne anticipando situaciones concretas o razonablemente previsibles, para responderles más o menos atinadamente en función de metas y valores. Por el contrario, intenta organizar la realidad armando una e incluso dos ficciones: en el pasado, que su hijo había nacido muerto; en el presente de la representación, la puesta en escena de la prueba a Segismundo. Monta un verdadero teatro en el teatro, cuyo público y juez será ante todo él mismo: él será quien juzgue, y adjudique premio o castigo. La corte –no, como se ha hecho notar, el pueblo (Fox, 1981)– será convocada e informada, sí, pero únicamente como testigo o coro.

Ello, como se veía, descubre una primera estructura profunda: la de una usurpación del rol providencial tal como aparece en *El gran teatro del mundo* ya citado, cuyo título es mencionado entre sueños por Segismundo al salir de su sopor, de vuelta en la torre:

Salga a la anchurosa plaza
del gran teatro del mundo
este valor sin segundo... (2072 -2073)

No creo que la mención sea casual; este tipo de autorreferencia es frecuente y conciente en Calderón. De todos modos, lo que importa aquí es una problemática teológica implícita: el intento de usurpar el poder divino, de "ser como Dios", como tienta la serpiente a Eva en *Gén. 1,5*.

En efecto, al ocupar Basilio el lugar del Autor-Dios de *El gran teatro del mundo*, ha incurrido en un tremendo desajuste a la vez moral e intelectual, de percepción de la realidad y de los valores. Ha ignorado –él, un sabio– la estructura profunda de la existencia, sus normas, la experiencia y el conocimiento de las cosas humanas y de su relación con lo divino. La obra misma lo mostrará: un final no previsto por él y catastrófico está implícito en esta forma de actuar, mucho más claramente para el público de entonces que para nosotros.

Pero hay más. Al aparecer en escena, Basilio proclama públicamente dos cosas: la una, que cuanto ha decidido en el pasado –en el origen de lo que será la acción de la obra– fue decidido, no en función de realidades objetivas y valores reconocidos, sino en base a presagios obtenidos mediante una ciencia de ejercicio solitario, "matemáticas sutiles". Ciencia que, como hace notar Ciriaco Morón, es implícitamente presentada como impropia y hasta grotesca en un rey. Para ello aduce textos contemporáneos del P. Mariana (Morón, op.cit). Yo agregaría que,

además, está indicada una dudosa certeza y una actitud soberbia y muy discutible, aún para la conciencia del que habla, el mismo Basilio:

...en su estudio, donde hace
el amor propio su oficio.

...el ver cuánto yerro ha sido
dar crédito fácilmente
a los sucesos previstos. (728-729; 781-782)

El otro tema de esa pública confesión es el reconocimiento del fallo moral en la decisión de recluir al infante y negar su existencia, "delito" contra "humano fuero y divino" (vv. 770-771) cuya reparación va a intentar. Pero lo hará con el mismo desajuste de valores y percepciones que lo llevaron a incurrir en él: manipular como dueño personas y situaciones, engaño, deseo casi explícito de experimentar con ellos y con el futuro como si se tratara de objetos inertes. Ya vimos cómo un resultado opuesto a la seguridad y certeza totales buscadas era legible para el público e incluso para algún personaje (Clotaldo; 1150-1151)

Y es esto lo que me interesa examinar ahora. La profecía, o mejor dicho la lectura astrológica de Basilio anunciaba que Segismundo sería:

...el hombre más atrevido,
el príncipe más cruel,
el monarca más impío,
por quien el reino vendría
a ser parcial y diviso,
escuela de las traiciones
y academia de los vicios
y él, de su furor llevado [...]

había de poner en mí
las plantas, y yo rendido
a sus pies me había de ver... (711-722)

Es verdad que el Segismundo del acto II en palacio, mientras está siendo probado y no es pues aún monarca, se comporta violenta y anómicamente, "nada me parece justo / en siendo contra mi gusto" (1417-1418). Pero es verdad también que las consecuencias para el reino, en ese momento son nulas. La rebeldía popular y la guerra civil del último acto no se derivan de lo que él hace —se limita a aceptar la sublevación ya en curso, y con reticencias— sino de lo que ha hecho Basilio a lo largo de la obra. De ello termina el rey plenamente conciente:

Quien piensa que huye el riesgo, al riesgo viene.
Con lo que yo guardaba me he perdido
yo mismo, yo mi patria he destruido. (2456-2458)

Esto es particularmente cierto de un aspecto de la profecía, la humillación de Basilio. Esta no es en manera alguna impuesta por Segismundo; es el propio rey quien se adelanta a humillarse, sacudido por las palabras de Clarín moribundo, con su aura sacra, que terminan de develarle la dimensión de sus errores: "mirad que vais a morir / si está de Dios que muráis" (vv. 3094-3095):

Qué bien (¡Ay cielos!) persuade
nuestro error, nuestra ignorancia
a mayor conocimiento
cadáver que habla [...]
[...] que son diligencias vanas
del hombre cuantas dispone
contra mayor fuerza y causa. (3098-3101; 3105-3107)

El acto de buscar a su hijo para humillarse ante él cumpliendo así explícita y voluntariamente el "hado" es pues consecuencia de su "desengaño", su encuentro doloroso con la realidad de cuanto él mismo ha hecho y generado. Pero no encontrará, contra lo que imagina, un interlocutor violento y opresor en su hijo. Sino alguien totalmente diverso de lo que el presagio natal y la experiencia del acto segundo hacían esperar: una actitud lúcida, mesurada e incluso humilde. Ahora bien, con esto se han modificado radicalmente las expectativas no sólo de Basilio cuyo "sueño despierto" ha caído ante la realidad, sino también las razonables y fundadas a partir de la educación y circunstancias del príncipe. Estas expectativas debían coincidir con el presagio por razones naturales y nada misteriosas: una educación asocial y distorsionante, una injusticia tan radical y absurda no podían producir previsiblemente otra cosa que una personalidad igualmente asocial, anómica, cargada de justificado rencor.

Basilio pasa pues de un apogeo de poder en el que dispone verdaderamente del poder real, e ilusoriamente de un poder sobrehumano sobre la libertad ajena y los acontecimientos futuros a partir de la astrología, a perder no sólo sus poderes ilusorios, sino también a ceder los auténticos; y ello como consecuencia de transgresiones de que ha llegado a ser finalmente conciente.

Volviendo al planteo inicial, el de la pertinencia de estos dos problemas en nuestro siglo XXI, creo que los comentarios huelgan. Más allá de la relación de *La vida es sueño* con una reacción anti —o post— maquiavélica de su época (puesto que no se lo excluye totalmente sino que se le integra otras dimensiones), (Rupp, 1990), sospecho que tanto en los vivires personales signados por la urgencia y el bombardeo de estímulos e interrogantes contradictorios, como en el colectivo e histórico desgarrado entre las fantasías de omnipotencia y las irrupciones de lo anómalo, inesperado y contundentemente real, lo que de estas obras se desprende da para pensar. Los modelos de impulsividad e imprevisión que los medios, especialmente la publicidad, proyectan sobre las vidas privadas, especialmente dirigidos a lo jóvenes, por un lado; los de omnipotencia que la divulgación científica o la propaganda y no pocas veces la realidad política difunden sobre la vida colectiva son los ejemplos más obvios que aparecen apenas se enciende el omnipresente televisor, el más masivo quizá de los medios. No el único, pero el análisis de lo que cada uno acarrea y de sus consecuencias nos llevaría demasiado lejos. Lo evidente es que la prudencia como evaluación íntegra de la realidad, valores incluidos, no puede pesar demasiado en el imaginario colectivo; con lo que acabo de enumerar basta para imaginar por qué. La realidad universal la está reclamando día a día.